

Prólogo

¿Qué niño de nuestra cultura de Occidente no ha saboreado alguna vez los fideos de una sopa de letras alimentando cuerpo y mente a la vez? Alfabetización sensual, sinestésica y satisfacción del instinto lúdico.. La índole de iniciación en el saber, de educación y juego, que este sistema de sucesión de las letras inspira, su elementalidad ("no sabe ni el abecé de una cosa") se prolongan en los escritores adultos. Y les sirve de sinécdoque. Borges, que concebía la biblioteca y el libro como el mundo, abarca con la misma representación totalizadora, de la *a* la *z* (Dios es el Alpha y el Omega), la materia prima de su trabajo: las letras "avatar tipográfico" del Eterno Retorno. Y qué decir de una sola letra, la primera, título de un cuento, un libro, plenitud, "espacio cósmico", "punto del espacio que contiene todos los puntos", "esfera cuyo centro está en todas partes". Ya Victor Hugo había afirmado lo mismo en sus *Cuadernos de viaje*: "La sociedad humana, el mundo, el hombre en su globalidad está en el alfabeto. [...] El alfabeto es el origen."

A raíz de una conversación entre los docentes de nuestra sección sobre autores españoles de renombre que han armado sus últimos libros a base del alfabeto, nació el proyecto de organizar un Coloquio para buscar razones a la alta coyuntura alfabética en las letras hispánicas actuales. Cuatro de las obras comentadas salieron en el 97, dos en el 98. Surge la inevitable pregunta de si el fenómeno se debe a una mera casualidad, o al *Zeitgeist*. Puede que un mundo hipercomplejo active el instinto ordenador contra el caos -soplan aires finiseculares- y se atenga a un principio tradicional y representativo de clasificación, de un sistema de encadenamiento aparentemente lineal impuesto al laberinto o libre fluir de las letras. El efecto de víspera nos inspira el diseño de recibir aligerados la nueva era, de digerir el acopio (secular o milenario) de materiales, de textos, de datos, de lecturas, es decir,

disponerlos, organizarlos, colocarlos, por ejemplo, según este código alfabético.

Sin embargo, el poder del abecedario para estructurar textos ha sido siempre enorme, independientemente de vísperas, corrientes y modas. Fernando Valls, nos prueba la intemporalidad del procedimiento alfabético en el contexto literario, en su valioso repaso histórico, basándose en referencias que van de la Edad Media al siglo XX.

Del grupo de los contemporáneos, empiezo por evocar dos textos no tomados en consideración por los críticos de esta monografía alfabética. Javier Tomeo, por ejemplo, ha entrado en contacto íntimo con los grafemas en *El alfabeto*, y Lucía Etxebarría, en *Amor, curiosidad, prozac y dudas*, los usa para titular los capítulos y los acompaña de una palabra o varias de la misma inicial, que pueden repercutir en la gráfica de la versal y que describen la atmósfera del apartado: *F de frustrada* o *S de susto*. Mientras que las letras en dicha novela ejercen una función más bien abstracta, simplemente organizadora (como las cifras en los capítulos numerados), en el librito de Tomeo pasan a un primer plano, a una dimensión prosopopéyica, de personajes, incluso protagonistas, adquieren plasticidad, sensualidad, actúan, hablan, se autoanalizan, se semantizan. Los diferentes grados de intensidad y presencia del alfabeto en el texto igualmente se trazan en las obras, sí comentadas a continuación, de Atxaga, Futoransky, Goytisolo, Méndez, Millás y Ríos.

Atxaga y Millás convierten los grafemas en seres vivos, activos, como Tomeo, palpables; Futoransky y Ríos en entes inspiradores de unos juegos intertextuales y de búsqueda de toda una serie de palabras, que comienzan por la misma letra. El escritor salvadoreño, José María Méndez, lleva al extremo tal ejercicio, sobrecargando los signos, como insinúa su compatriota, Horacio Castellanos Moya, en una breve y terminante reacción a los *Cuentos del alfabeto*. Me parece que esta severa crítica ofrece un inevitable contrapunto, después de tanta celebración de todo tipo de ejercicios alfabéticos.

Al lado de dicho texto de creación, se reúnen en el presente libro las contribuciones de tres literatos (Atxaga, Castellanos Moya y Futoransky), de tres estudiantes de nuestro seminario (Gratwohl, Pombo y Rimo), y de tres críticos (Bürki, Kunz y Valls).

El profesor Germán Colón, inspirado y caluroso, inauguró el Coloquio con unas reflexiones filológicas reproducidas al comienzo del volumen.

También estoy muy contenta y agradecida de que uno de los protagonistas de estas Actas, Bernardo Atxaga, nos haya ofrecido un texto inédito escrito en conexión con el género del *alfabeto* cultivado por él.

Fernando Valls abre su artículo con la invención de un condensado alfabeto sobre la personalidad de Atxaga y luego recorre y presenta toda la serie de alfabetos del autor vasco resaltando elementos de su poética y la hibridez genérica (entre ensayo y ficción, como en *El alfabeto* de Tomeo). Y no hay más que un paso de *Alfabeto sobre el único verano en mi vida que fui un don Juan a Amores que atan*, con la diferencia de que el protagonista de Ríos logra llenar el alfabeto de amantes, el de Atxaga no (le faltan siete iniciales). El último tercio de su estudio Valls lo dedica a la novela de Millás, *El orden alfabético*, detectando como complejos temáticos centrales lo fantástico, la virtualidad, el deterioro de la lengua y la dialéctica entre el orden y el caos de las letras, que nos devuelve al 'desorden de un nombre'. Valls nos refiere asimismo a la integración de los abecedarios en la pintura (de Dis Berlin en una exposición en Valencia, a la que podríamos añadir la variante parisina de *L'Abécédaire d'Edouard*) y en la literatura catalana (a la que se junta la portuguesa con Antonio Lobo Antunes, *Os cos de Judas* (1979), con la novela corta *A absurda eficácia da matemática* en *O príncipe que se transformou em sapo* de José F. Lourido (1993), y con los alfabetos en archivos y listas de *Todos os nomes* de José Saramago (1997)).

Contagiados por la capacidad lúdica de los literatos, los propios críticos se ponen a jugar una partida intertextual, Manuel Pombo con Bernardo Atxaga y Marco Kunz con Julián Ríos. Jugador empedernido éste último, siembra pistas para los lectores más o menos vedadas a lo largo y ancho de su texto aplicando una variedad y densidad de registros asombrosa, de manual (Genette hallaría palimpsestos a discreción, como para fundamentar una tipología). A través de este "despilfarro intertextual", Kunz -con sus sólidas ataduras literarias- logra identificar la ronda completa de amantes ficticias de la novelística universal de la primera mitad del siglo XX, reanimadas por el narrador de Ríos y

dispuestas por orden alfabético de sus iniciales. Las letras dominan el mundo semiótico, establecen asociaciones con objetos, y desencadenan un sinúmero de juegos malabares de palabras.

Bernardo Atxaga aplica los mismos procedimientos pero de manera menos excesiva. Su dosis intertextual es más moderada, aun así abundante, como también la metaliteraria. Una manera de digerir los muchos libros, letras y alfabetos devorados (cf. la cita de Eco, p. 58) de la literatura universal. Manuel Pombo se divierte con las adivinanzas, con la búsqueda de claves, de tesoros más o menos escondidos, provocado quizás por la advertencia del propio Atxaga, emitida en una preciosa carta personal transcrita al final del artículo, de que "nunca descubro del todo el juego". Pombo reparte su trabajo en dos secciones: en una colecciona referencias sueltas (topónimos, nombres propios, títulos, cortas citas textuales, traducciones; también de ámbitos extraliterarios, como el cine, el deporte, los cómics), bocaditos intertextuales, por así decirlo; en la segunda, verifica el postmoderno apoyo del plagio de Atxaga -cualquier texto es palimpsesto e invención a la vez- llevado a la práctica en dos muestras concretas más extensas, dos cuentos.

Beatrice Rimo se ocupa conjuntamente de las tres novelas comentadas hasta ahora, y termina por comparar sus respectivos usos del abecedario. En *Lista de locos y otros alfabetos*, hace hincapié en la gracia de las ficciones de atmósfera infantil -Atxaga también es autor de muchos libros de niños- y en el temperamento de las letras animadas, tridimensionales (tan personificadas como las de Tomeo). Ríos sale de esta línea de tratos sensuales e inocentes a los grafemas. En Millás resalta la relación simbiótica entre éstos y los seres humanos, que conlleva el proceso de debilitación o negligencia de la mente por las comodidades que ofrece el abecedario, que induce a Millás a experimentar con la desaparición de letras.

La contribución de Stephanie Gratwohl hace entrar en juego una novela no mencionada hasta aquí, *Las semanas del jardín* de Juan Goytisolo. El uso del alfabeto arábigo desempeña una doble función, ética, la de señalar un camino a la integración de la cultura arábica en el Sur de España y, estética, la de conferir unidad, titulándolos, a 28 capítulos, fragmentos polifónicos, generados por los 28 miembros aficionados de un "círculo de lectores", que intentan reconstruir la

biografía de un supuesto poeta. El alfabeto árabe estructura formalmente el montaje, el texto colectivo, "interactivo", redactado según pocas reglas. Gratwohl se dedica igualmente a los hilos conductores, intertextual y lúdico, de nuestras Actas, a la sofisticada y actualizada carga metaliteraria en las reminiscencias cervantinas y al proceso lúdico simulado, virtual, en la redacción del libro de Goytisoló.

La escritora argentina (domiciliada en París), Luisa Futoransky, nos presenta su personal y denso credo poético basado en el abecedario, que hace rodear además de varios sistemas afines: las cifras, la cábala, las notas musicales, etc., hasta las piezas de "Lego". El don de su vasta cultura lo combina con un elaborado y primoroso discurso de alta poeticidad. Adelantándose a sus colegas españoles, sacó su novela alfabética, *De Pe a Pa*, en la década pasada. La chispa de entregarse al poder y al "deleitoso vértigo" de listas de palabras confeccionadas según su inicial por orden alfabético que, a la vez, se amoldan orgánicamente a la trama novelesca, saltó a Yvette Bürki, quien se ocupa de este fogoso inventario de letras y palabras desde el ángulo de la lingüística y la retórica. El artículo agrega a nuestro tema su debida dosis filológica.

Bürki compila un glosario de argentinismos de la "colosal" serie de vocablos (303) que empiezan por la letra B en el segundo capítulo de la novela de Futoransky, e investiga el ingenioso enriquecimiento retórico de esas voces en las figuras pertinentes con las que sutaliza la escritora su discurso.

Tales artificios lúdicos y humorísticos nos llevan al 'cuento del alfabeto' de la letra E, *Ernesto el embobado*, elaborado -diccionario en mano, sin duda- por José María Méndez (1916), reproducido al final de esta edición y tachado por Castellanos Moya de fatuo ejercicio sin trascendencia artística.

La entrada al alfabeto se fijó de manera análoga: siempre se trata de la A, Alpha, Aleph o Alif; el final, en cambio, no concuerda, queda abierto: Zeta, Omega, la H en *De pe a pa* de Luisa Futoransky, la M o la P en los alfabetos de Atxaga; por razones obvias Méndez también se atiborró en la P (de postre). En este sentido interrumpo estas divagaciones en torno a las veintitantas letras del alfabeto, que espero despiertan apetito suficiente como para que los lectores consuman el menú completo no sólo en su debido orden, plato por plato, letra por letra, sino también desenfrenada su vocación sibarítica.

Las gracias sin orden alfabético:

No hubiera sido posible celebrar el Coloquio (del 12 de junio de 1999) sin la ayuda de todo nuestro equipo organizador del Seminario de Románicas. Me adhiero al profundo agradecimiento expresado por Germán Colón en su discurso de apertura. Igualmente doy las gracias a las siguientes instituciones por el generoso apoyo financiero: a la Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España y la Embajada de España en Berna como mediadora, al Fondo de viajes de nuestra Universidad y al decanato de nuestra facultad.

Gracias a la cumplida e inmediata entrega de las ponencias, la colaboración eficiente de Manuel Pombo y la ayuda lectora de Marco Kunz y Germán Colón, estas Actas aún pueden ver la luz del corriente milenio.

Yvette Sánchez